

son muy pocos. Su librito se manifiesta equilibrado y sobrio, pero se echa de menos una referencia a los datos arqueológicos, muy significativos, relativos a la tumba del Apóstol, y que el autor se haya limitado a los datos literarios. En cuanto a Ubieta, su libro sobre la comunidad cristiana de Tesalónica resulta muy ameno y de fácil lectura. Como dice el autor, la evangelización de Tesalónica revistió particular importancia, por tratarse de la primera gran ciudad visitada por Pablo y por ser cruce de muchas culturas y religiones. Ubieta ilumina y esclarece los datos ya conocidos, pero no compartimos su rigidez en excluir de su estudio 2 Thes por dudar de su autenticidad (tesis que necesita todavía demostración). Nos parece que Ubieta es excesivamente estricto, cuando duda de la autenticidad paulina de Col y Eph, y que atribuye demasiado peso a las opiniones de S. Vidal (cfr. nota 8 pág. 29). La obra de Aguirre merecería un comentario más extenso que una simple reseña. Su libro es mucho más ambicioso que los otros dos y, sin duda, mucho más estimulante. Pero no compartimos su seguridad a la hora de explicar la «teología» de Lucas, ni el dar por descontado que Mt fuera un evangelio de los «judeocristianos moderados», ni lo que se afirma en la nota 14, pág. 34 sobre el fallo en que han caído casi todas las teologías paulinas escritas hasta ahora. Son temas comprometidos que necesitarían demostración y que habría que presentar con más matices. Evidentemente, un libro de divulgación no es el lugar adecuado para poner en discusión toda la visión post-tridentina del epistolario paulino, ni para ofrecer una visión de la Iglesia como si fuera un simple resultado de luchas entre partidos. Pero las afirmaciones que necesitarían más precisión y matización son las que el autor expone en el cap.

IV (¿Qué nos enseña la Iglesia de Antioquía?). Notamos en ellas una clara propensión por la Teología de la liberación y la Teología política. La perspectiva futura que Aguirre ofrece a la Iglesia para salir al encuentro de las exigencias de los hombres nos parece demasiado próxima al relativismo doctrinal.

En definitiva, aunque los autores afirmen no querer entrar en las cuestiones debatidas, sino ofrecer los resultados más seguros de las investigaciones modernas, en realidad son partidarios de una metodología muy concreta. Su metodología es la de la crítica histórico-sociológica, de proveniencia norteamericana (Watson y Meeks de modo especial), unida a una orientación ideológica influida por la *Escuela de la historia de las formas* de proveniencia alemana (Bornkamm, Trilling y Lohfink). El resultado es la casi absoluta desconfianza en la historicidad de los Hechos de los Apóstoles como documento histórico y la reconstrucción de los acontecimientos a partir de una interpretación socio-cultural de las Epístolas de San Pablo. Nos parece que este enfoque lleva, de un modo casi inevitable, a reducir el mensaje de Jesús a un humanismo en el cual la trascendencia queda reducida a un deseo.

C. Basevi

J.O. TUÑI, *Las comunidades Joánicas. Particularidades y evolución de una tradición cristiana muy particular*, Ed. Desclée de Brouwer («Iglesias del nuevo mundo», s/n), Bilbao 1988, 41 pp., 12 x 19.

Esta serie de publicaciones sobre los orígenes del cristianismo está preparada por la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto. Se intenta llegar al conocimiento de las primeras cristian-

dades, sobre todo a partir de los datos que aportan los escritos del Nuevo Testamento. En este caso se trata de los escritos joánicos. Aunque el título habla de comunidades, en realidad se trata luego de una sola comunidad que sale de Palestina, para recorrer diversos parajes en los cuales se va asentando y viviendo diferentes momentos y problemas, que se reflejan en los escritos que, según el A., habrían salido de dicha comunidad.

La tesis, aunque parece presentarse como relativamente nueva (cfr. p. 10), es bastante conocida y expuesta ya por los primeros escritos de Bultmann en la década de los años veinte. Por otra parte, la supuesta participación de las comunidades en la redacción de los evangelios es también uno de los postulados de la antigua *Formgeschichte*. De todas formas, es una de las líneas de investigación que está presente en otros autores actuales, aunque ciertamente en vía de revisión. De hecho, se reconoce que es un intento de explicación «titubeante y poco definido» (p. 10). Nos parece más verosímil hablar de una presencia refleja de las comunidades en los escritos sagrados, y de una participación indirecta en la redacción de dichos escritos, en cuanto que sus problemas eran afrontados por los hagiógrafos que, en primer lugar, escribían para dichas comunidades primitivas.

Señala las diversas tradiciones joánicas que se pueden detectar en el IV Evangelio (cfr. pp. 25-35), después de haber indicado las peculiaridades de la comunidad joánica que el A. imagina. El trabajo termina con la descripción del itinerario de la tradición joánica en el s. II (cfr. pp. 36-41). A pesar de lo dicho sobre la relación de estas teorías con la postura bultmaniana deja a salvo «la identidad entre el Jesús terreno y el

Señor presente en la confesión de la comunidad» (p. 21).

A. García-Moreno

PATROLOGÍA

Robert M. GRANT, *Cristianesimo primitivo e società*, Paideia Ed. («Biblioteca di storia e storiografia dei tempi biblici», 5), Brescia 1987, 209 pp., 15,5 x 23.

El volumen que reseñamos es una traducción al italiano de la conocida obra de Grant, *Early Christianity and Society*, S. Francisco, 1977. La traducción ha sido realizada por las Benedictinas de Civitella San Paolo y la revisión por Giulio Firpo.

El A. reúne en siete capítulos varios estudios sobre el cristianismo primitivo. El primero está dedicado a la difusión de la doctrina cristiana dentro de las fronteras del imperio romano. Le siguen: la devoción cristiana a la monarquía, la imposición fiscal y sus exenciones, el trabajo, la propiedad privada, las instituciones de caridad, los templos e iglesias y sus respectivas dotaciones.

R. M. Grant se nos muestra como un buen conocedor de las fuentes clásicas y cristianas. Los capítulos están bien contruidos, aunque tal vez en su conjunto el libro no esté suficientemente ensamblado. Como observación general consideramos que el A. presenta una concepción del «Estado» que no nos parece aplicable al *Imperium romanum*; entendemos que es demasiado «moderna» para la época que estudia.

No compartimos la interpretación que hace de *I Clementis*, 60, 4, cuando escribe: «alle autorità politiche romane vanno riservati gli stessi onori dovuti a Dio» (p. 39), puesto que la petición de